

LA CASA DEL SUEÑO

ANÓNIMO EUROPEO

Gustavo V. García

Una joven soñó una noche que caminaba por un sendero que ascendía por una colina boscosa donde abundaban cipreses. En la cima de la colina había una hermosa casa de piedra, rodeada de un jardín. A la izquierda de la casa se veía una fuente de agua y un reloj de sol que proyectaba contra el muro su sombra inútil. “¡Una casa encantada!” pensó la muchacha, e incapaz de ocultar su placer, llamó a la puerta. Nadie le respondió. Volvió a llamar varias veces hasta que la puerta fue abierta por un anciano de larga barba blanca. El hombre parecía salido de la niebla: casi inmaterial y sus ojos rechazaban la luz. La muchacha empezó a hablarle; pero, en ese momento, se despertó.

Los detalles de este sueño se grabaron en su memoria. Tanto que, por espacio de varios días, no pudo pensar en otra cosa. Después volvió a tener el mismo sueño por tres noches sucesivas. Y siempre despertaba cuando comenzaba su conversación con el anciano.

Semanas más tarde, la joven se dirigía a una fiesta de fin de año. De pronto, como en un sueño, a la izquierda del camino, vio el sendero de su sueño. La muchacha detuvo su automóvil y echó a andar por el sendero, con el corazón latiéndole apresuradamente. Al principio le incomodaron unas pequeñas piedras que no recordaba en su sueño. También era extraño que una lluvia fina empezara a caer. Siguió andando con más cuidado y ya no se sintió sorprendida cuando al final del sendero se encontró en la cima de la colina. Allí estaban la casa y su jardín, cuyos menores detalles recordaba con tanta precisión. La joven, impaciente, llamó a la puerta. El anciano del sueño respondió a su llamado. Ambos se observaron con familiaridad y desconfianza. La muchacha, venciendo el temor que empezaba a sentir, optó por quebrar el silencio.

—Dígame —preguntó—, ¿se vende esta casa?

—Sí —respondió el hombre—, pero le aconsejo que no la compre. ¡Un fantasma, hija mía, frecuenta esta casa!

—Un fantasma —repitió la muchacha—. Santo Dios, ¿y quién es?

—Usted —dijo el anciano, y cerró la puerta.¹

Gustavo V. Garcia
Rose-Hulman Institute of Technology
Estados Unidos de América

¹ Escuché este relato en un comedor universitario de Salamanca en el verano del 2003. Lo curioso es que lo contaba un estudiante mexicano de ciencias políticas. Jorge —nunca supe su apellido— lo titulaba “El sueño del fantasma” y ponía especial énfasis en que pertenecía al folklore europeo. Un par de años después leí “La casa encantada”, una versión anónima ligeramente distinta. Ambos títulos, en especial el primero, son extraordinarios. Revelan, empero, la sorpresa del final.